

30
72.9304
487a
1915



APUNTES

PARA

LA HISTORIA

DE LOS

≡ TRINITARIOS ≡

Fundadores de la República Dominicana

Por JOSE M^a SERRA

Reimpreso por la "Academia Colombina"
con motivo de la apoteosis de su autor

SANTO DOMINGO
Imp. J. R. Vda. Garcia
1915

COLECCION
"MARTINEZ BOGG"
SANTO DOMINGO - REP. DOMINICANA



0.70

APUNTES

PARA

LA HISTORIA

DE LOS

≡ TRINITARIOS ≡

Fundadores de la República Dominicana

Por JOSE M^a SERRA

Reimpreso por la "Academia Colombina"
con motivo de la apoteosis de su autor

SANTO DOMINGO
Imp. J. R. Vda. Garcia
1915

COLECCION
"MARTINEZ BOGG"
SANTO DOMINGO, - REP. D. MINICANA



30834=10

BNPHU

PD-RY

F-RD 47





DON JOSÉ M. A. SERRA
INVICTO PROCER TRINITARIO

Reg. No.

008075

008075



110000



OFRENDA

HEROE: ! Ni el bronce ni el mármol diuturnos podrían hacernos vivir más intensamente el homenaje que te consagra enorme momento moral en nuestro recuerdo.

Colocada a lo largo de nuestra historia prócer, iluminada por el diáfano jalón de luz de la TRINITARIA, la "Academia Colombina" ha necesitado tributarte los honores de reparadora apoteosis en mérito a tu noble empeño porque, durante una alborada espléndida, desde la mole gigantea del Baluarte, entonara un himno de amor al conjuro de las libres auras, nuestra cruzada i tricolor bandera patria

Pero es que no sólo este homenaje encarne reverente prez a tus merecido lauros: la "Academia Colombina" aspira a que tu nombre—; noble misión la de tu nombre!—sirva de señera de redención, toque a rebato en la conciencia nacional adormecida i la haga moutar guardia de honor que atisbe, arma al brazo, el enigmático revuelo del águila norte americana!

Luis C. del Castillo.

Febrero 27 de 1915.

ADVERTENCIA.



NACEN cuatro años se publicó en el "Eco de la Opinión" un breve relato que el Señor José María Serra hizo en carta privada al Illmo. Señor Meriño, acerca de la instalación de la revolucionaria Sociedad "Trinitaria"; del número y nombre de los individuos que la constituyeron y también de otros datos fidedignos que esclarecen los hechos referentes a los principios de la historia de nuestra Separación de Haití.

El señor Serra decía: "Más de una vez he sentido, leyendo los periódicos que hacen una narración de nuestros hechos pasados, que los sucesos a que se contraen no están redactados con la precisión que debieran, se han de servir ellos de datos para la historia de Santo Domingo. La "Trinitaria" y la "Filantrópica" fueron dos sociedades distintas: la primera era exclusivamente revolucionaria; la otra nó. Aquella tenía por misión la propaganda. Sus miembros eran no más que los nueve que la establecimos, día del Cármen por cierto, en la casa de doña Chepita Perez, (un bohío frente á la puerta del Cármen) Duarte, Juan Isidro Pérez, Pedro A. Pina, Felipe Alfau, Juan Ravelo, Jacinto Concha, Benito Gonzalez, Felipe Ruiz y yo; y, por ser nueve, llevó el nombre de "Trinitaria".

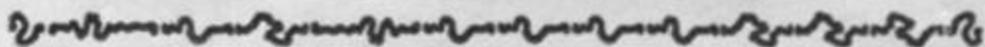
Esto lo leyeron y aprobaron dos TRINITARIOS que vivían todavía, el General D. Jacinto de la Concha, y el Coronel D. Juan Nepomuceno Ravelo, ambos personas de ilustrado criterio; lo cual bastaría para fijar la verdad histórica sino no fuese suficiente el dicho del señor Serra a quien abonan un distinguido nombre de escritor público y la mas honorable reputación que sus virtudes privadas y sociales le han cansagrado.

Hoy damos á la estampa el precioso opúsculo que el mismo señor Serra, cediendo complaciente a las instancias del Illmo. Señor Meriño, de quien lo hemos obtenido para su publicación, ha escrito especialmente, estendiéndose más sobre la materia para dejar al historiador dominicano la luz necesaria sobre aquellos sucesos que el tiempo puede oscurecer, si no ya alterar, desfigurándolos, como se nota en algo que se publica luego con ocasión de la fiesta nacional del 27 DE FEBRERO.

Sea, pues, esta publicación para mayor honra del benemérito prócer que la escribe, y de provecho para la juventud estudiosa!

Santo Domingo, 16 de Julio de 1887.

Carlos Nouel.
Canónigo honorario.



COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

PRONTO van a cumplirse cuarenta años desde que a consecuencia de los acontecimientos políticos que turbaron la tranquilidad y la alegría de los primeros días de la República Dominicana, tuve que salir expulsado de su suelo en unión de otros compañeros de infortunio, llegando a fines de 1849 a la inhospitalaria isla de Santomas. Inhospitalaria, porque no siendo entonces mas que un depósito mercantil, inútilmente buscaba ocupación en ella el infeliz extranjero. Preciso era, por tanto, salir inmediatamente de aquel lugar donde la vida nos había de ser imposible. Sin recursos pecuniarios y además enfermo, mi situación era terrible. ¿A dónde había de ir? Pero, y ¿cómo quedarme? Oh! la expulsión! ¿Con qué facilidad echan mano los gobiernos de una pena tan atroz! Mientras la expulsión exista como recurso de fuerza sin implicar una responsabilidad imprescriptible, único medio, o medio muy eficaz de contener esos abusos de autoridad, denunciará siempre, aún entre los pueblos cultos, rebeldía de un salvajismo refractario a los sentimientos de humanidad y de justicia. Preciso es por amor a la Patria y honra de la civilización, combatir hasta que desaparezcan esas prácticas que tan ineficaces son en las cuestiones políticas para fundar y sostener usurpaciones que un voto universal aceptó y las constituye despues como derecho.

Mientras me ocupaba eu resolver la dificultad de elejir el país en que debiera fijarme, supe que se presentaba una goleta con destino a Puerto Rico; y, con la fé del árabe, dejando obrar la fuerza incontrastable de los acontecimientos, tomé pasaje en ella. Al llegar a la capital debía presentarme al Sr. Don Juan de la Pezuela, Gobernador General de la Isla, a quién ya se le habían enviado los pasaportes.

Estaba el General en el despacho acompañado de un señor

alto, grueso, trigüeño, y de semblante agradable; vestía éste de paisano, casaca de paño negro, y no usaba barba ni bigote. Dicho señor, con los pasaportes en la mano, iba despachando a los demás pasajeros, dejándome para último; entonces viniendo hacia mí me dijo: ¿será V. el señor Serra?

—Y un servidor del señor Ignoro a quien tengo la honra de ofrecérmele con este carácter.

—Soy Eusebio Nuñez, Escribano de Cámara, y me le ofrezco como paisano, como amigo y como pariente puesto que soy primo de su suegro. V. queda embargado por mí y espero no me niegue la honra de aceptar mi casa como residencia suya mientras permanezca en esta ciudad; con que si le place, podemos marcharnos. Y sin darme tiempo para dirigirle una palabra de cortesía, tomó el sombrero diciendo: "Hemos concluído aquí." Saludé al General y salimos. Mi suegro, que había quedado en otra pieza interior, y que expulsado algunos días antes que yo, había venido también a Puerto Rico, se nos unió en el tránsito, y a la vez nos encontramos con don Gregorio Escarfuller, comerciante de Puerto Piata, a quién yo había conocido en Santo Domingo, y me ofreció su casa.

—Le tengo embargado ya, dijo D. Eusebio en tono jovial, y continuando ambos sobre el derecho de secuestrar mi persona, convinieron entre sí que mi suegro y yo dormiríamos en la casa de Escarfuller, y que en el día estaríamos en la de Don Eusebio.

Hizámoslo así, y éste que no cesaba de manifestarse siempre complaciente y festivo, me repetía con frecuencia: "Paisano quisiera ser rey. ¿Sabe Ud. para qué? Para tratarlo como a un príncipe".

No obstante esta benévola acogida, la capital de Puerto Rico no me dejaba entrever medio alguno de ocupación, ni era decoroso para mí prolongar por más tiempo en aquella vida.

Determiné trasladarme a Mayagüez, donde residía Don Francisco Martínez de León, amigo mío desde la infancia, y con quién sostenía activa correspondencia.

Cuando supo mi llegada a la capital me escribió de esta manera: "Querido amigo: Hoy mi carta no tiene más propósito que recordarte aquellos dulces conceptos de Martínez de la Rosa:

9

“Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo.”

Ven, pues, te aguardo entre mis brazos”.

Acepté la invitación; me despedí agradecido de los que tan buena acogida nos brindaron en la capital, y vine a fijarme a Mayagüez, en donde, entre periodistas y maestro de la juventud he consumido la existencia, disfrutando de una estimación general, produciendo en mi alma un amor tan grande por este pueblo que pudiera exitar los celos de mi patria, a no ser porque este sacro sentimiento no se menoscaba nunca: es como el amor maternal, que en el corazón del hijo subsiste siempre todo entero, aún cuando el hijo se separe de la madre al acto mismo de jurar también amor a la esposa que ha elegido, y con quien va a identificarse. Y es que el amor es único en la esencia aunque múltiple en la forma. Así se explica que ausente de mi patria querida y sin sentir otros pesares que los que son naturales en la vida, que por lo mismo en dondequiera los habría experimentado: lleno de salud y contando siempre con el trabajo que satisfacía mis pocas necesidades, mi única aspiración durante cuarenta años, día por día, haya podido exclamar al recuerdo de mi dulce patria, como los israelitas en el desierto: “Sentado a las orillas de los ríos, derramábamos arroyos de lágrimas al acordarnos de Sión”; y así como colgaban de los sauces sus instrumentos músicos, yo también colgaba mis alegrías del árbol marchito de mis esperanzas.”

—No pierdas las esperanzas, me dijo mi buen amigo en uno de esos días de violenta nostalgia, ¿te olvidas acaso de lo que era Santo Domingo en poder de los haitianos?

—Pero esa lucha suscitada por la ambición y la codicia no le es menos funesta. Los haitianos arruinaban un país que existía aún, en fuerza de su propia exhuberancia; pero esta lucha fatal que da principio sobre unas ruinas, hará completamente inútil todo nuestro empeño en reconstruirnos, y dentro de poco ya no tendremos por patria sino la desolación de esas mismas ruinas.

—Niegas la acción de la Providencia sobre la suerte de las Naciones?

—¿Y con quien, sino con ella, podíamos contar los nueve jóvenes osados que decididamente acometimos la temeraria empresa de arrojar a los haitianos del territorio de que se

adueñaron y constituir en él la cuna de la República Dominicana? Cuando ésta nació, lució como ricos pañales los vivos colores de su bandera, en cuyo escudo el lema Dios, Patria y Libertad explica suficientemente que solo confiados en la protección de la Providencia, llevábamos a feliz término el hecho glorioso que debería coronarse con la regeneración de todo un pueblo.

Preciso es, para poder valorar la importancia de ese acontecimiento conocer la situación política que atravesaba el pobre pueblo dominicano dominado por el de Haití; pero puesto que para tí no es desconocida, esto me evita entrar en semejantes detalles. Sin embargo, hacen ya algunos años que huyendo del servicio militar te fuiste para Santiago de Cuba, refugio, como lo era Puerto Rico y Venezuela, de casi toda nuestra juventud, llamada desde que cumplía quince años de edad a servir en el ejército. Me parece estarte viendo como a Wenceslao y Tomás Concha, con el morrión hasta los ojos y el sable curvo desenvainado, formando en la plaza de la Catedral la compañía de gendarmes, que apenas constaba de 25 y no le faltaba su coronel, (Don Felipe Vázquez), su comandante, (Don N. Pacheco), su capitán (Don Javier Miura, que pasaba de 70 años), su sargento mayor, (Wenceslao Concha), su cabo y su furriel, tú y Tomás Concha

Pues a pesar de que no hacía mucho que faltabas del país, no puedes imaginarte lo que había adelantado en su decadencia. Tú dejabas a nuestra patria más agonizante, muerta; pues bien, cuando pensamos en revolucionarnos, ya el cadáver estaba convertido en esqueleto. ¿Te parece posible después de la desorganización de los elementos, la reconstrucción de un cuerpo y su reanimación? Pues he aquí el imposible que emprendimos, y que por lo mismo nos ponía en ridículo a los ojos de muchos que habiendo rebasado de esa edad en que más aconseja el corazón que la cabeza, nos llamaban locos, cuando más tarde, acojido el pensamiento, comenzamos los trabajos de propaganda. He aquí, como comenzaron:

La muerte natural del capitán Don Javier Miura, que era de la gendarmería, dió ocasión para que el general Carrié, que te acordarás era gobernador de Santo Domingo, cometiera una arbitrariedad en perjuicio de Wenceslao Concha; y esto me llenó de indignación. Tenía el capitán, anexo el cargo de habilitado del cuerpo y Carrié, para favorecer a su propio

hijo, llamado Samí, lo trasladó del regimiento 31, en que servía con el cargo de furriel, al cuerpo de gendarmes, y elevándolo en grado lo nombró y postergó a Wenceslao.

Ese día y el siguiente me los pasé escribiendo con letra disfrazada contra el gobierno, sin concretar caso alguno, pero concitando a la revolución. Por la noche regué por la ciudad, furtivamente mis autógrafos, que a la siguiente mañana produjeron un efecto alarmante, y mucho contentamiento de mi parte. La firma que llevaban era: *El Dominicano Español*. Los haitianos para vilipendiarnos nos llamaban así: *foutré espagnol*.

Al ver, pues, el efecto producido con mis pasquines, continué escribiéndolos, porque bien se comprende que no es posible la existencia de la sociedad sin medios de comunicación, sean legítimos o ilegítimos. Corresponde a los gobiernos que estos medios sean siempre legales; pero es muy peligroso para los propios gobiernos condenar los pueblos al mutismo. No era posible valirme de los medios de que disponen los países civilizados para hacer oposición a los desmanes del gobierno y autoridades; no teníamos periódicos en Santo Domingo, que son la válvula de seguridad por donde se desatoga el exceso de vapor para impedir que la máquina social revienta y cause graves desgracias. "El Dominicano Español", se solicitaba y se leía con interés y se copiaba y se hacía circular por otros campos y poblaciones como San Cristóbal, Bani, Azua; y encontró también un impugnador en otra hoja que con el nombre de la "Chicharra, se hacía publicar impresa, circunstancia que descubría a su autor, mejor dicho, autora, pues allí sabíamos que una señora poseía una imprentita, que utilizaba en imprimir las décimas pidiendo ramos, luces y banderas, en las fiestas anuales que cada barrio dedicaba a sus respectivos patronos.

Encontrábame un domingo en la afanosa producción de mis pasquines cuando llegó a casa mi amigo Juan Pablo Duarte y me preguntó:

—Qué es eso, ¿no sales hoy?

--No, díjeme, estoy muy ocupado.

—Y qué escribes?

—Toma y lee, le dije alargándole un ejemplar

--¡Acabaras! Con que eras tú? Caramba! Pues voy a ayudarte.

En seguida comenzó a copiar. Por la noche, por cierto muy lluviosa, salimos a repartirlo y como desde entonces ya éramos dos los amanuenses, nuestra publicación era más numerosa y más nutrida.

Un día llegó y su semblante me revelaba algo más que la ordinaria alegría con que se saludan diariamente dos amigos. Su mirada y su sonrisa eran tales, que al mismo tiempo que excitaron mi curiosidad, no me dieron lugar a formular la pregunta.

--¿Qué te pasa?, iba yo a decirle, en el instante mismo en que él exclamó: Chico, un gran pensamiento tengo que comunicarte. Dejemos por hoy la escritura y escucha. Nada hacemos, querido amigo, con estar excitando al pueblo y conformarnos con esa disposición, sin hacerla servir para un fin positivo, práctico y trascendental. Entre los dominicanos y los haitianos no es posible una fusión. Yo admiro al pueblo haitiano desde el momento en que, recorriendo las páginas de su historia, lo encuentro luchado desesperadamente contra poderes excesivamente superiores, y veo como los vence y como sale de la triste condición de esclavo para constituirse en nación libre e independiente. Le reconozco poseedor de dos virtudes eminentes, el amor a la libertad y el valor; pero los dominicanos que en tantas ocasiones han vertido gloriosamente su sangre. ¿lo habrán hecho para sellar la afrenta de que en premio de sus sacrificios le otorguen sus dominadores la gracia de besarles la mano? No más humillación! No más vergüenza! Si los españoles tienen su monarquía española, y Francia la suya francesa, si hasta los haitianos han constituido la República Haitiana, ¿porqué han de estar los dominicanos sometidos, ya a la Francia, ya a España, ya a los mismos haitianos, sin pensar en constituirse como los demás? **Nó, mil veces! No más dominación! Viva la REPUBLICA DOMINICANA!!**

Y al decir ésto, lo ví como transfigurado; sus ojos azules, de mirar sereno, le centellaban; su tez suave, teñida de ordinario por las rosas, en aquel momento parecía deberle su color a la amapola; sus labios finos, donde de continuo una dulce y cariñosa sonrisa revelaba la bondad e ingenuidad de aquel alma noble é inmaculada, veíalos convulsos agitando el negro y espeso bigote que a la vez que formaba contraste agradable con su dorada y poco poblada cabellera, al dilatar la longitud de su frente daba magestad a su fisonomía. Con

el pecho erguido, adelantando el paso acompañando la acción con la mano derecha como si terminara una arenga con-
citadora ante el pueblo repitá: Fuera toda dominación! Viva
la Libertad! Viva la República Dominicana!

Si, querido amigo, oye mi plan. En vez de continuar
excitando al pueblo como hasta aquí, es menester formar una
sociedad secreta revolucionaria: todo lo tengo medita lo.

Esta sociedad se llamará la "Trinitaria," porque se com-
pondrá de nueve miembros fundadores, que formarán bajo
juramento una base triple de tres miembros cada una. Es-
tos nueve individuos tendrán un nombre particular cada uno,
del que solo usará en casos especiales, el cual nadie conocerá
excepto los nueve fundadores. Habrá toques de comunica-
ción que significarán confianza, sospecha, afirmación, nega-
ción; de modo que al llamar un trinitario a otro que está en
su cama, ya éste sabrá por el número y manera de los to-
ques, si debe o no responder, si corre o no peligro &^a Por
medio de un alfabeto criptológico se ocultará todo lo que
conviene guardar secreto.

La existencia de esta sociedad será igualmente secreto
inviolable para todo el que no sea trinitario, aunque sea
adepto.

El trinitario estará obligado a hacer propaganda cons-
tantemente y ganar prosélitos; así es que éstos, sin asistir a
juntas, que son siempre imprudentes, sin conocer de la con-
juración más que aquel que a ello lo induce, no podrá en ca-
so de delación comprometer más que a uno de los nueve, que-
dando los otros para continuar trabajando.....

En fin el tiempo se nos pasó en hablar del proyecto y
modo de realizarlo. Al día siguiente tenía Duarte organiza-
da la idea con tanta proligidad y con tanta previsión, que
bien se conocía que el proyecto bullía en su cabeza desde mu-
cho tiempo entonces me expliqué esas distracciones habitua-
les en que caía y de las cuales se reponía mediante una son-
risa lleno de satisfacción. He aquí, me dijo, sacando varios
papeles del bolsillo: estas son nueve copias del alfabeto, una
para cada trinitario, y el nombre que á cada uno le he atri-
buido para procurar hacer más difícil un compromiso perso-
nal aún cuando llegaran a descubrirse éstos y a descifrase la
clave. No es prudente escribir plan: por ahora basta el ju-
ramento.



En nuestras confidencias revolucionarias no habían entrado más que los nueve que habíamos de constituir la Trinitaria, todos los que, avisándonos mutuamente, nos encontramos reunidos el día 16 de Julio de 1840, (*) en la casa de Juan Isidro Perez, pues con motivo de ser día de Nuestra Señora del Cármen y estar la casa en la plaza de la iglesia de este nombre, en donde, según costumbre tradicional, aflúa mucha gente, como en todo el barrio con motivo de las fiestas, nuestra reunión no podía ser sospechosa: bien que, en obsequio de la verdad, debo decir que los dominicanos jamás tuvimos coartada la libertad de reunirnos, ni este hecho inspiraba recelo al gobierno.

Comenzaba en este instante a salir la procesión. Feliz augurio! nuestra sociedad se instalaba entre música, profusión de cohetes, repiques de campanas y esa alegría característica de nuestro pueblo, que dá vida aun a las mismas cosas inanimadas; las paredes de las casas cubiertas de cortinas, las puertas y ventanas adornadas con banderas, las calles sembradas de ramos, el suelo regado de flores..... ¡Cuánta bondad de costumbres no se refleja en esas prácticas piadosas, que la cultura se empeña en desterrar, sin reponerlas por esto, con otras más sencillas é inocentes!

Conclúyese la procesión de la Virgen a quien se habían tributado tantos obsequios, y nosotros permanecíamos aún en el mismo lugar, sin dar treguas al entusiasmo de que nós hallabamos poseidos, figurándonos erijida ya la República y el país disfrutando de todos los beneficios que afianzarán una vida de que jamás ha disfrutado.

Propuso Duarte la creación de un fondo al que todos contribuiríamos, cada cual en proporción de sus facultades pecuniarias, y la proposición fué aceptada, produciendo la subscripción ciento y tantos pesos que, dijo van á trabajar en la casa de mi padre desde ahora mismo.

La casa de D. Juan Duarte estaba situada en la Atarazana, frente a la maralla, al lado de la antigua Aduana, y se dedicaba hacia ya muchos años al negocio de ferretería, motonería, cordelería y artículos de este género. Su antiguo crédito y el no tener competidor, la buena dirección de Juan Pablo, y la cooperación de su hermano Vicente, que de continuo en la costa estaba dedicado a la compra de caoba, campeche, mora y guayacán, les proporcionaban realizar ganancias tan lucrativas como frecuentes. El fondo de la Trinita-

* Es un anacronismo. La crítica histórica ha comprobado que la Trinitaria se instaló el 16 de Julio de 1840. [Nota de L. C. del C.]

ría entraba libre de todo gaeo, a acrecentarse con beneficios seguros, rápidos y no poco considerables, puesto que se acumulaban al capital.

Amigos míos, dijo Duarte después de un largo rato de abstracción: unidos aquí con el propósito de ratificar el que habíamos concebido de conspirar y hacer que el pueblo se subleve contra el gobierno haitiano, a fin de constituirnos en estado libre e independiente con el nombre de República Dominicana, vamos á dejar empeñado nuestro honor y vamos a dejar comprometida nuestra vida. La situación en que nos coloquemos será muy grave, y tanto más cuanto que en entrando ya en este camino, retroceder será imposible. Pero ahora, en este momento hay tiempo todavía de rehuir toda clase de compromiso. Por lo tanto, si alguno quisiera separarse y abandonar la causa noble de la libertad de nuestra patria querida.....

—No! —No! —Yo no no me separo. —Ni yo! —Ni yo!

Estas palabras en confuso tropel interrumpieron el discurso de mi amigo, quien luego continuó diciendo: Pues bien; hagamos ante Dios este juramento irrevocable. Y desdoblando el pliego que los contenía, del cual a cada uno dió su copia criptográfica, lo leyó con voz llena, clara y despacio y al terminar lo signó, y todos lo leyeron del mismo modo y lo signaron.

Las nueve cruces correspondian, según el orden, á los nombres siguientes:

Juan Pablo Duarte. Juan Isidro Perez. Juan Nepomuceno Ravelo. Félix Ruiz. Benito González. Jacinto de la Concha. Pedro Pina. Felipe Alfau. José María Serra.

Cuando signó el último, con el pliego abierto en la izquierda y señalando las cruces con la diestra, dijo Duarte: "No es la cruz el signo del padecimiento; es el símbolo de la redención: queda bajo su égida, constituida la Trinitaria, y cada una de sus nueve socios obligado a reconstruirla, mientras exista uno, hasta cumplir el voto que hacemos de redimir la Patria del poder de los haitianos."

Concluida la sesión, cada cual emprendió sin descuidarse su obra de propogación. Uno de los medios de que se hechó mano fué el teatro; este se llenaba de bote en bote en ciertas representaciones escojidas de intento, y la exaltación



del espíritu público era tal en ocasiones, que llegó á llamar la atención del gobernador, quien una noche hizo subir al escenario á un ayudante suyo, para pedir la pieza que se representaba y ver si en ella era cierto que estaban escritas estas palabras: "Me quiere llevar el diablo cada vez que me piden pan y me lo piden en francés" Esa invectiva contra los franceses no era supuesta; estaba en efecto escrita en la comedia, y el general Carrié, se dió por satisfecho. El teatro español abunda de piezas en que el espíritu de nacionalidad, excitado por la guerra que le llevó el genio invasor de Napoleón, no omite ocasión de zaherir y ridiculizar en la escena á los franceses. Martínez de la Rosa pone este terrible hipérbole en boca de uno de sus personajes que refiere á otro los insultos con que se había desahogado:—"Y no le digiste francés? —Ah! no; la injurias no llegaron hasta ese grado. La coincidencia de hablar nosotros el español y los haitianos el francés, establecía ante los ojos del pueblo tan estrecha relación, que cuanto los poetas españoles profersan en contra los franceses, otro tanto refería éste á los haitianos, aplaudiéndolo con entusiasmo increíble. Ningún temor de persecución nos inspiraban estos arranques populares, en cuanto á la acción espontánea del gobierno; pero no dejaba de inspirarnos recelo la sugestión que procediera de parte de los haitianizados. En todas partes existen hombres que se distinguen y no por la virtud del amor á su país, sino por la ficción de este amor para tener oculto el de su medro particular. A estos les debió Santo Domingo la pérdida de lo único que quedaba de su acreditada Universidad, en donde brillaron varones tales como los Nuñez, los Portes, Moscoso, Gonzalez, Medraños y otros que la tradición nos conserva con orgullo.

Cerrada la universidad con el dominio de los haitianos, el espíritu filantrópico del Dr. D. Juan Vicente Moscoso sufría al contemplar la juventud dominicana sin más alimento intelectual que el escasísimo que le proporcionaban las escuelas de particulares, limitadas á enseñar á leer, escribir, (formar bonita letra) y repetir rutinariamente las primeras reglas del arte de contar. En la escuela pública se enseñaba lo mismo, pero en francés, que era el idioma oficial. El Dr. Moscoso abrió, pues, una clase en su casa, y allí concurren unos tantos jóvenes ávidos de instrucción.

No pudo el Dr. Moscoso prodigar al país todo el bien que se propuso. Este hombre de inteligencia superior, de

cuales excelentes, gloria y prez de cualquiera sociedad, a pesar de tener una edad muy avanzada, calificado de godo, lo mismo que el Sr. Arzobispo Dr. D. Pedro Valera y otras muchas personas respetables, sufría las mortificaciones de uos tantos miserables, de esos que para congraciarse con los gobiernos utilizan como medio la honra de las familias, la conveniencia social y la hacienda, y la vida de cualquiera cuyo sacrificio les reporte algun medio. Para esos hombres nada hay respetuoso, nada hay sagrado. Al mote de godo, prodigado no tanto por escarnio, sino para señalar con él a los que querian hacer perseguir como adictos a los españoles, desafectos por tanto al gobierno de Haití, e intimidarlos, añadiendo las cantaletas de noche, reprobadas aunque inutilmente por la parte más sensata de la población. La policía no trató nunca de contener ese desorden; y el resultado no se hizo esperar: el disgusto y el miedo de mayores excesos determinaron en 1830 la salida del Arzobispo Valera, del Dr. Correa, orador cuya elocuencia lo hizo afamado, no solo en nuestra catedral, sino en otras iglesias de Italia, de Francia y España que había visitado; la de D. Bernardo Tirado; la de D. Martín de Mueses; del padre Mueses y sus sobrinos Juan y José de la Cruz Gimenez; la de la familia Abreu, Miguel Veloz, Tomás Troncoso pero ¿á qué continuar esta lista demasiado larga? Muchos fueron la familias que emigraron esta vez y muy grande la tristeza que este acontecimiento produjo en la ciudad, en donde difícilmente ya en lo adelante podrían encontrar los padres, maestros para sus hijos que les proporcionaran conocimientos menos rudimentarios que los que se enseñan en las escuelas.

Un sacerdote, D. José M^a Sagarán, abrió en Santa Clara un curso de latin, contrastando mucho su conducta filantrópica con la poco caritativa de otro fraile, extranjero que con tiempo disponible y condiciones favorable para haber hecho un bien á la juventud dominicana cuando cesó la clase del padre Sagarán, se negó á continuarla.

Distinto fué el proceder del Dr. Manuel M^a Valverde, quien consagraba á la instrucción de sus hijos el escaso tiempo que le dejaban de reposo las atenciones de sus numerosos enfermos, y solicitaba siempre tres ó cuatro alumnos más á quienes hacer partícipes de aquel beneficio. Duarte los dos Guerrero (Manuel y Wenceslao), el Dr. D. Pedro Piñero, D. E. Antonio Soto, y otros, siempre dejaremos oír, los muertos, sus écos de ultra tumba, los vivos nuestra voz de agradecimien-

to, para que unidos formen un himno de bendición consagrado á su recuerdo.

Esa era la triste situación á que había quedado reducida la pobre juventud dominicana desde la clausura de su célebre Universidad, hasta que trajo la Providencia á nuestro puerto al Presb^o D Gaspar Hernandez, natural de Lima. Lo muy pequeño de su talle, la viveza de sus movimientos y el metal de su voz, agudo y algo desapacible, condiciones inconvenientes a la gravedad del sacerdote, a las cualidades de un orador, avaloraban ya el carácter de lo uno, ya el mérito de lo otro, por lo mismo que producía una sorpresa agradable hallarlos reunidos en él en grado tan eminente. Esto unido a otras cualidades, como su trato dulce y simpático, su franqueza y su jovialidad, le captaron muy pronto el aprecio del pueblo, que acudía diligente a oír su palabra fácil e instructiva y en cuyo ejercicio era infatigable.

Un acontecimiento natural acaecido en esa época, da motivo para poner a prueba su facundia, y fué ocasión para que aquel aprecio se tocara en un cariño general y verdadero. En las grandes calamidades públicas ¿quién habrá que no se sienta inclinado a dar una mirada de benevolencia en trueque de una palabra de consolación?

Era el 7 de Mayo de 1842. Una desgraciada mujer, tullida, á quien su hijo muchachonzuelo arrastraba por las calles llevándola en un cajón montado en cuatro ruedas, había mucho tiempo implorando la caridad, pasaba frente a la iglesia de San Nicolás, que tiene por tutelar á la Virgen bajo la advocación de la Purísima Concepción, a la que dirigió esta fervorosa súplica: "Madre mía, teu misericordia de mí; devuélveme la salud." En el acto se sintió como impulsada, salió de su cajón y con rápido y firme paso subió la gradería de la puerta y se arrodilló en el último peldaño. Los que presenciaron este hecho gritaron: "Milagro! Milagro! Ana María se levantó caminando de repente." Y estas palabras como transmitidas por la electricidad, difundieron en un instante la noticia por toda la ciudad, y todo aquel recinto se llenó de gente, tan curiosa como asombrada. Ana Maria se puso de pié, y vuelta de frente hácia el pueblo, con voz conmovida gritaba: "Señores: haced penitencia! que estamos amenaados de un gran castigo!" Media hora después, un meteoro de fuego cruzó el espacio y a las 5 de la tarde se sintió el terremoto más espantoso que haya nunca experimentado el país:

la mayor parte de los edificios se resintieron; la misma Catedral, no obstante su solidez, quedó agrietada y la ciudad de Santiago de los Caballeros vino al suelo, quedando bajo sus escombros más de 500 personas.

El padre Gaspar empleaba el ascendiente de su palabra en reanimar el espíritu del pueblo, aterrorizado, y en evitar la aglomeración en los templos de tanta gente que á todas horas en procesiones, las mujeres desmelenadas, los hombres cargando pesos enormes, todos pálidos, todos compungidos, andaban de iglesia en iglesia, donde la repetición de otro fuerte temblor como el que tanta víctimas había causado en el Cibao, podía producir mayores desgracias. Tanta solicitud en esta ocasión, así como la que desplegara al abrir la clase de filosofía a la juventud estudiosa en la sacristía del convento de *Regina Angelorum*, solidificaron su popularidad. Esta tarea a que diariamente consagraba cuatro horas de la mañana y con marcado placer, era mucho más benéfica de lo que a primera vista se puede considerar. Aquella clara inteligencia que conoció desde que pisó el suelo dominicano, la triste situación que este atravesaba, infirió inmediatamente la suerte que lo futuro podría reservarle si siguiera sometido á un gobierno tal como el de Haití. Muy lastimoso cuadro se presentó a su contemplación, y su alma generosa no pudo menos que sentirse conmovida. “No, dijo para sí, preciso es que esta juventud, única esperanza de un país, por una parte tan privilegiado por la naturaleza, como, por otra, tan combatido por la desgracia, no quede abandonado á la desesperación; preciso es ayudarla para que cumpla el destino á que está llamada” Alma noble! Que mi patria agradecida te llame; por honor recíproco, su hijo de adopción, y que incluya tu nombre en la lápida en que esculpa el de sus benefactores!

La juventud se instruía y... preciso es decirlo, hubo quienes nos censuraban y nos ridiculizaban: nos llamaban *florios* por irrisión. Esta palabra no tiene significación en el idioma: fué inventada por un truhan para llamarnos por irona filósofos.

Mas si todos los estudiantes del padre Gaspar no eran Trinitarios, en cambio todos los Trinitarios eramos estudiantes, y no podíamos mirar sin reprobación el proyecto que algunos habían concebido de buscar en el gobierno de Francia la salvación de sus particulares conveniencias; los unos apeteciendo protectorado, los otros delirando aún con anexión.

Entre los que respetando la nacionalidad son, sin embargo, enemigos obligados de todo gobierno, por ambición de mando, o porque a la sombra del que manda viven como la parásita del árbol que le da arrimo, se movía el partido cuya aspiración era establecer reformas en el gobierno. Estalló y triunfó esta revolución. Deportado el presidente de la República, Juan Pedro Boyer, acabó sus días en el destierro. Capitaneada la revolución por el general Riviere, vino a la parte del Este con su ejército expedicionario. Los afrancesados habían provocado antes de estos acontecimientos una reunión de varios dominicanos en la casa de Don Manuel Joaquín Del monte, con objeto de anar voluntades. Duarte manifestó que todo pensamiento de mejora en que el sentimiento nacional se postergara a la conveniencia de partidos, debía siempre reprobarse, porque puesto en ejecución constituía delito de lesa patria. Una declaración tan franca y que llevaba aparejado el vituperio que a todos alcanzaba, aun a los mismos que aceptaron la reforma con los haitianos, le proporcionó el encono y la ira de unos y otros; así fué que antes de llegar Riviere a Santo Domingo, recibió una denuncia contra Duarte que le valió su persecución y destierro a Curacao, con las de algunos señalados como *Duartistas*. Pudieron algunos evitar la expulsión ocultándose sin salir de la ciudad, tal como Francisco Sánchez, jóven de los más aprovechados entre los *florios*, de cualidades tan recomendables que le ganaron el aprecio general. Había en Sánchez mucha delicadeza de sentimientos, y tal era su modestia, que el mismo la confundía con la humildad.

La ocultación excitaba la inquietud de sus perseguidores; y el temor de que se tramara una conspiración, multiplicaba el empeño en descubrir su escondite. Así fué que lo que Sánchez no hizo por sí mismo, hacíanlo por él sus mismos adversarios, que fué anticiparle celebridad y ganarle prestigio. Para disminuir el afán con que se solitaba su captura, hicimos correr la falsa noticia de su muerte; y como nadie tiene tanta habilidad para engañar al público, como el público mismo, una vez lanzada con *reserva* esta noticia; ¡“Pobre Francisco! ¿Sabe V. que ha muerto?”, a las pocas horas circulaban los detalles de tiempo, lugar, enfermedad, disposiciones póstumas, inhumación, testigos &c, combinado con tal viso de posibilidad y verosimilitud, que muchos aun de los que estaban en parte del secreto, sospechaban si habría coincidido la ficción con la realidad. Y si esto contribuyó a que las persecuciones

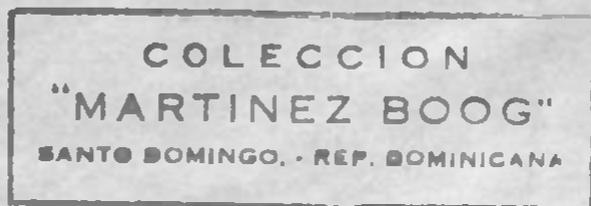
fuera menos activas, no por eso lo fueron las precauciones con que, un determinado número de amigos que más lo queríamos, defendíamos su persona. En la noche, cuando era conveniente hacerlo pasar de una casa a otra íbamos dos a su lado acompañándolo: delante a una cuadra de distancia, íbamos otros dos, y detrás otros a igual distancia.

Tal era el mal estar de la República y tan poca fe inspiraba el cambio de una buena situación, que los mismos vencedores no estaban en lo general satisfechos de su obra. La idea de anexar el país a Francia o por lo menos, solicitar su protectorado, cobró de nuevo calor y andaba de nuevo como vergonzante insinuándose. En contraposición de estos trabajos, los de los Trinitarios habían sido tan activos y llevados con tanta discreción, que fuera del corto número de anexionistas proteccionistas, bien conocidos ya, no había un solo individuo que, si hablaba español, no estuviera dispuesto a combatir con las armas en la mano en contra de la dominación haitiana.

Sin embargo no estaba decidida la oportunidad de lanzarnos a la lucha, ni aún combinado el plan, cuando un suceso hizo precipitar las cosas.

Los representantes de la parte del Este habían recibido del Cónsul general de Francia en Puerto Príncipe, las seguridades de que su gobierno apoyaría todo movimiento revolucionario que declarara la voluntad del pueblo de unirse a Francia. La época de esa combinación sería para el 25 de Abril de 1844. Esta noticia la transmitió uno de dichos representantes, Manuel M^a Valencia, a D. José Heredia, en Baní, en los últimos días de Noviembre de 1843. Súpela allí en Diciembre e inmediatamente vine a la ciudad y la comuniqué a Sánchez, Jacinto y Tomás Concha, en cuya casa estaba aquel ese día, y con ellos reunidos Ramón Mella, Joaquín y Gabino Puello. Convínose allí en la necesidad de anticipar el pronunciamiento y declarar la parte del Este ESTADO LIBRE E INDEPENDIENTE. Concertose el plan, y sin contar con otro auxilio más que con el de la confianza en la buena causa y el valor y decisión que cada cual estaba en el deber de dejar acreditados, se señaló el 27 de Febrero a las 11 de la noche para proclamar el advenimiento de la República Dominicana.

Jamás una noche de los trópicos ha parecido más bella que la que iniciaba una época de esplendor tras de tanto tiempo de calamidades y tristeza.



“Id, hijos míos, nos dijo mi madre a mi hermano y a mi, colocándonos al cuello del uno la estampa de la Virgen, y al del otro la de Jesús. Vais a cumplir, añadió, con el deber sagrado de ofrecer por la salud de vuestra patria: valor y confianza: que la bendición del cielo os acompañe!”

El punto de reunión era la Plaza de la Misericordia.

Creíamos que el número de los concurrentes sería mayor, pero desgraciadamente éramos muy pocos. Comprometida es la situación, dijo Mella, juguemos el todo por el todo; y disparó al aire su trabuco. Marchemos, pues!

Nos dirigimos a la Puerta del Conde, defendida por unos 25 hombres mandados por el teniente Martín Girón, quién nos entregó el fuerte como lo teníamos convenido. El tiro disparado por Mella nos hizo allegar gente de las que estaban comprometidos, e inmediatamente Manuel Jimenez, Manuel Cabral y Don Tomás Bobadilla, y algún otro, salieron en reclutamiento por los campos.

Al principio faltaba una organización militar, pero el buen sentido de todos dictaba las más acertadas disposiciones y se ejecutaban con oportunidad e inteligencia. Se cubrieron todos aquellos puntos más importantes. Pusiéronse en un momento en servicio dos cañones, los demás encontráronse acusando el abandono en que se tenían: ni siquiera se encontró estopa.—Hagamos tacos con escobitas, dijo Anjel Perdomo; y en un momento, recojimos al rededor de la muralla toda la que pudimos necesitar. En estos trabajos nos ayudaba la tía de Francisco la infortunada Trinidad Sánchez, que en sus propias faldas conducía pólvora para las murallas. . .!

Ocupados en todos estos trabajos estábamos cuando se presentó una ronda de a caballo. Era el hijo del general haitiano Riviere. Al hecharle el *¿quién vive?* y mandarle el centinela a hacer alto! volvió riendas, descargó su pistola sobre la avanzada y partió a escape. Poco después tres tiros de alarma se oyeron en el cuartel que fueron repetidos por otros tres en nuestro fuerte, en donde sin cesar cada momento acrecía el número de los que venían para responder al santo llamamiento de la Patria.

Era de ver el asombro que causaba la presencia de Sánchez. ¡Con qué alegría lo abrazaban aquellos que lo habían tenido por muerto!

El canciller del consulado francés, M. Malespine, se presentó officiosamente en nuestro fuerte. La situación en que se encontraban los del gobierno era sumamente precaria. Podía decirse que el gobierno no había acuartelado la tropa, sino que estaba preso. Los puestos militares, Jaina y Santa Cruz, los teníamos interceptados, y los cuerpos de guardia de la ciudad estaban desamparados unos, y otros ocupados por nosotros.

En toda la noche el gobierno no hizo otra cosa sino estar a la expectativa, mientras que el pueblo se había aglomerado todo en derredor nuestro, como en el día, no de una gran revolución, sino de un gran festín nacional: así fué que al mezclarse la luz naciente de la aurora con la no menos espléndida de la luna, que en la noche nos había acompañado, el estampido del cañón, el toque alegre de la diana y la voz tumultuosa del himno patriótico que se elevaba melodioso como el de las diversas aves en el campo; esa variedad de sonidos, esa multitud de sensaciones, dieron tal especialidad a aquella mañana, que inútilmente pretenderá representarse toda la poesía del 27 de Febrero, aquel que no tuvo la dicha de presenciarlo.

A las 9 se nos apersonó un ayudante del gobernador que acabábamos de desconocer, entregando un pliego al jefe del movimiento revolucionario, en que inquiría el motivo de encontrarse el pueblo reunido y el caracter con que lo hacía en aquella actitud.

—Señores, dije, quisiera tener la satisfacción de responder a la pregunta; y sentado en un aparejo, sobre un barril que me sirvió de escritorio en la pulpería de Don Juan Pina, escribí el primer documento de la República, que constituye el acto de Separación, e inmediatamente sancionado por el pueblo, fué acompañado de Tomás Concha, de Jacinto Concha y de Manuel José Machado, a notificar al Corregidor D. Domingo de la Rocha el estado de rebelión en que el pueblo se había declarado contra el gobierno haitiano, y el establecimiento de la Junta Gubernativa. El Corregidor convocó al Ayuntamiento, hizo la notificación a las autoridades que habían representado al gobierno y todas las cosas se llevaron con tal prudencia, interviniendo el cuerpo consular en obsequio de una transacción pacífica y digna, que los haitianos entregaron la ciudad, firmándose capitulaciones honrosas, y salieron del país sin que de una parte ni de otra se oyera una sola expresión in-

conveniente, ni un acto se cometiera impropio de pueblos cultos.

Constituída la Junta de Gobierno, se despachó a Curagao una go'eta de guerra en busca de Duarte y demás deportados. La llegada de este padre de la Patria fué otro día de júbilo jeneral. Pudo muy bién decir a sus conciudadanos, en medio de tanto regocijo: "Un día, viendo jemir a mi Patria bajo el yugo de un pueblo invasor, concebí el pensamiento de quebrantar sus hierros, y os pedí vuestra cooperación; la prestasteis y hoy la Patria es libre: benditos sean todos los que han realizado transformación tan gloriosa. Ahora todos debemos propender a hacer que esta libertad sea fecunda en bienes. ¿Haremos feliz a Nuestra Patria? Ah! ¡Maldito sea todo aquel que ahora ni nunca ocasione su desgracia... !"

¿Podrá nunca hacérsele a Duarte tal imputación? ¿Ah! . .

Poco tiempo después, cuando no se había extinguido aún el rumor producido por los víctores de su llegada, los émulos de este digno patriota, á pretexto de que los pueblos del Cibao pretendían imponer su candidatura a toda la República, recababan de la Junta Central Gubernativa la conveniencia de enviarlo a Santiago, para que él mismo desvaneciera toda noticia de temor contra la acción libérrima del pueblo.

En el Cibao pudo Duarte frustrar los designios bien visibles de los ambiciosos, o por lo menos la preponderancia; pero antes de discutir su persona, lo que hubiera sido iniciar la guerra civil detrás de la República, cedió a los ambiciosos la afrenta de provocar aquella, y él se sacrificó con la gloria de haber fundado ésta, hasta morir sin remordimiento en el destierro.

Poco a poco han ido muriendo todos los Trinitarios, ménos uno que no dilatará mucho en reunírseles. Uniéronse para fundar la República y labrar su prosperidad: Consiguieron lo primero; y si 40 años de expatriación, si las privaciones, los padecimientos, todos los males que le son consiguientes trajeran en pos la felicidad de esta tierra tan querida, todo lo daría por bien sufrido, y más, lo que por sufrir me queda todavía.

JOSÉ MARÍA SERRA.

Mayagüez, Junio 30 de 1887.

